

to, y Clario la posterior, ó mas bien la de los tiempos de tibieza que Jesucristo anunció como próximos al fin del mundo. S. Gerónimo aplica el cumplimiento de la profecía á la época de la vocación de los gentiles, y Clario á los últimos tiempos, esto es, á aquellos en que Dios reparará abundantemente todas las pérdidas de la Iglesia, por la conversión del pueblo judaico, y por la de la innumerable muchedumbre de gentiles que serán entonces llamados á la fé de todas las naciones de la tierra. Mas lo que aquí importa sobre todo advertir, es que en uno y otro sentido, las promesas hechas á Sion, se atribuyen á la Iglesia misma, y que como en ambos sentidos sus males son espirituales, y consisten en la escasez de justos en medio de una multitud perversa, así los consuelos son del órden espiritual, y se fundan en la promesa de una fecundidad espiritual, que se ha realizado ya en la Iglesia desde su establecimiento, y se renovará sobre la tierra, hasta el fin del mundo. Traducir á los Judíos por el nombre de Sion y de Jerusalem, las promesas que bajo esos nombres se han hecho á la Iglesia de Jesucristo, seria equivocarse totalmente, y caer en las falsas ideas de los judaizantes. Deben sí, distinguirse las *islas* cuyos pueblos han sido llamados á la fé de Sion que es la Iglesia á que han sido llamados, y en la cual han entrado; á la manera que no debe confundirse la Iglesia cristiana designada con el nombre de *Sion*, á la cual ha hecho el Señor sus promesas, con los Judíos que serán un día recibidos en su seno, y que llegarán á ser como nosotros sus hijos por el espíritu de la fé. A estos los llaman los profetas *Israel, Efraim y Samaria*, y á la Iglesia *Judá, Sion y Jerusalem*. Por medio de las distinciones explicadas, necesarias para la inteligencia de los profetas, desaparecen todas las dificultades que el P. Houbigant presenta contra los que siguiendo á los Santos Doctores, recononen en ellos, y especialmente en este lugar, bajo el nombre de *Sion* á la Iglesia cristiana, y se descubre al mismo tiempo la ilusion de los falsos sentidos á que nos conducen los judaizantes, aplicando á los Judíos bajo el nombre de Sion, estas magnificas promesas; y todo se allana desde el principio hasta el fin del capítulo XLIX. de Isaías. En los trece primeros versos, Jesucristo llama á los gentiles para dárselos á conocer y anunciarles la feliz nueva de la salud; describe todas las maravillas de la rendición de los hombres, y del establecimiento de su Iglesia. A esos siglos felices de una fecundidad espiritual, suceden en el verso 14. y siguientes los tiempos calamitosos en que la Iglesia ve disminuir el número de sus fieles hijos. Entonces Jesucristo la consuela bajo el nombre de Sion, primeramente con la promesa de no abandonarla jamas, y en segundo lugar, con la de darle ántes que el mundo acabe una fecundidad prodigiosa que causará admiración á ella misma. El pormenor de tales maravillas llena lo demas del capítulo, sin que para explicarlo sea necesario recurrir á las ideas groseras y carnales de los que S. Gerónimo llama nuestros judaizantes.

X.
Sentido de la
profecía con-
tenida en el
cap. LXII. de

A los dos anteriores ejemplos tomados de las personas de quienes hablan los profetas, el P. Houbigant junta otros dos sacados de aquellas á quienes se dirigen. El primero es del capítulo LXII. de Isaías, que comienza: *Por Sion no callaré, y por Jerusalem no so-*

segare. En los dos miembros *Sion* y *Jerusalem* son nombres paralelos, y por consiguiente, segun el estilo ordinario de los Profetas, significan á unas mismas personas: trátase pues, de saber quiénes son estas. „En primer lugar, dice el P. Houbigant, el verso segundo ha-
„ce entender que esta *Jerusalem* es á la que el Señor dará un nom-
„bre nuevo, y cuya gloria verán todas las naciones: *Todas las gen-
„tes verán tu venganza, y todos los reyes tu gloria: serás llamada
„con un nombre nuevo que nombrará la boca del Señor* (así tradu-
„ce nuestro intérprete). Esta alabanza de Jerusalem puede aplicarse
„acaso á la Iglesia cristiana como formada de solos los Judíos, ó
„de los Judíos con los gentiles convertidos á la fé. Examinemos por
„tanto si aquel nombre designa á un tiempo á los dos pueblos reu-
„nidos, ó solo á uno de ellos. En el V 4. se lee: *Ya no se dirá
„de tí: Esta es aquella abandonada* (así traduce Houbigant). El atri-
„buto *abandonada*, no puede pertenecer á los gentiles ántes de su
„conversión, porque el objeto á que se aplica es el que acaba de
„llamarse *Jerusalem*, nombre que significa la ciudad en que se adora
„y honra al verdadero Dios: no puede pues significar á los gentiles
„entregados á la idolatría; luego significa á la nacion judía, ántes
„fiel, y despues abandonada de Dios y entregada á su incredulidad;
„pero que reducida segunda vez á la fé, recibirá del Señor un nue-
„vo nombre, y se cubrirá de gloria á vista de toda la tierra. ¿Pero
„de qué gloria? Porque si se trata de sola la de la fé, nada tene-
„mos que buscar, supuesto que en efecto esta la ha tenido gran nú-
„mero de Judíos en el nacimiento de la Iglesia. El contexto prue-
„ba que la profecía no se limita á la fé de la nacion judaica, por-
„que en el V 4. se dice: *Ni se dirá de aquella tierra: Esta es
„aquella destruida*; y en el V 8.: *Juró el Señor que nunca daría tu
„trigo á tus enemigos, ni beberían los hijos del extrangero el vino
„en que trabajaste*. La tierra no ya desolada, significa la patria de
„los Judíos y no sus personas; como el trigo y vino que se atribu-
„yen á esa tierra designan la abundancia de sus producciones. Si
„por esta tierra desolada se crée poder entender la religion debili-
„tada entre los Judíos ántes del nacimiento de Jesucristo, ¿será ne-
„cesario entender tambien por el *trigo* la religion ó su fruto? El
„trigo de los Judíos se habia dado á sus enemigos; pero la verdade-
„ra religion no se habia transferido á los pueblos infieles ántes del
„nacimiento de Jesucristo. ¿Qué deberá decirse del vino que los Ju-
„díos llevarán, y que no beberán mas sus enemigos? ¿El vino que
„se transporta y que se guarda en bodegas, puede representar la
„religion y los dones de la gracia? Es preciso convenir absoluta-
„mente, en que esta profecía no solo anuncia la fé de los Judíos,
„sino tambien su estado floreciente, que admirarán todas las nacio-
„nes como el mayor milagro de Dios, y será la señal y el estan-
„darte que Dios levantará sobre ellos, y entonces todas las nacio-
„nes abrazando la fé, vendrán á reunirse con el pueblo hebreo, co-
„mo nos lo da á conocer el fin del capítulo. Apénas es posible que
„despues de haber considerado bien toda la serie de este discurso,
„se admita la opinion de los intérpretes que entienden el anuncio
„de algun otro estado de los Judíos, y especialmente del que an-
„tiguamente tuvieron.” Nuestro autor impugna en seguida muy fun-

Isaías. Sus
diversas in-
terpretacio-
nes.

dádamente á Grocio, porque refiere el presente capítulo LXII. de Isaías al establecimiento de Jerusalem despues del cautiverio de Babilonia, y manifiesta muy bien cuan inferior fué aquella restitucion á tan magníficas promesas. Pero luego impugna tambien á Foreiro, que segun él, cayó en otro equívoco sobre el mismo capítulo, el cual el expresado teólogo califica de muy difícil; y el equívoco que se atribuye es el de haber entendido en la profecía á la Iglesia, no tanto á la de los Hebreos como á la de los gentiles formada por los apóstoles; „aunque es constante, dice Houbigant, que el discurso se dirige á los Judíos y no á los gentiles.”

¿Qué nos diria el P. Houbigant si le recordáramos su mismo testimonio? En sus notas sobre este capítulo al V 2, despues de haber rechazado la aplicacion de la profecía al tiempo de Ciro, concluye: „No debe pues, entenderse aquí otra libertad que la que obró „Nuestro Señor Jesucristo, y que tuvo su principio en Jerusalem, y „se difundió muy pronto por todo el universo; en la ciudad de Jerusalem fué donde los fieles comenzaron á llamarse Cristianos.” Segun San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, el nombre de cristianos tuvo su principio en Antioquia; pero es muy creible pasara en muy poco tiempo á Jerusalem, y merece mucha atencion lo que el P. Houbigant confiesa; esto es, que entónces fué cuando el pueblo de Dios comenzó verdaderamente á mudar de nombre, en lo que consiste el cumplimiento de la profecía que examinamos. En el V 4 supone „que la muger abandonada, y que ya no continuaria „en ese estado es la Sinagoga, que habiendo, sido la esposa del Señor por la alianza que Dios habia hecho con ella, fué despues abandonada de él mismo, que entónces volvió á buscarla, y la recibió „de nuevo haciéndola madre de los Cristianos. Mucho podria decirse „sobre esto; pero lo que importa es, advertir que el P. Houbigant „busca el cumplimiento de esta profecía en los tiempos del nacimiento „de la Iglesia. Pero aun interesa mas otra observacion relativa al „verso 8, y es que con motivo de la promesa que Dios hace con „juramento, de no entregar en adelante el vino y el trigo de los hijos de Jerusalem á sus enemigos, nuestro intérprete vuelve á probar „que es imposible aplicarlo á los Judíos regresados de Babilonia, y „que sin embargo, esta promesa es de las que no dependen de alguna condicion; de donde infiere que el trigo y vino no son mas „que sombras de los bienes espirituales, para significar que la nueva „Jerusalem, esto es, la Iglesia de Jesucristo, nunca se verá privada „de las cosas necesarias para la salud; y la promesa se hace á Jerusalem, ya porque los Judíos habian de participar de sus frutos, „ya porque lo que se ofrecia á Jerusalem era una sombra de las cosas futuras.” Finalmente, en el verso 10 despues de haber mostrado que el Salvador prometido á Sion, no es Ciro sino el Mesías, añade en dos palabras: „Esta profecía mira 1.º á la vocacion de los gentiles, 2.º á la conversion de los Judíos á la fe.” Véase aquí su confesion de haberse cumplido el anuncio en la vocacion de los gentiles. Réstanos examinar si tambien puede referirse al llamamiento futuro de los Judíos. Mas consultemos á San Gerónimo.

XI.
Reflexiones
importantes

El Santo doctor reconoce en esta profecía á Jesucristo solo como el Salvador prometido á la hija de Sion, y aplica todo el ca-

pítulo á la primera venida del divino Redentor. En Sion reconoce á la Iglesia, que llamándose *Iglesia de Jesucristo ó cuerpo místico* del Señor, ha recibido un nuevo nombre en lugar del de Sion y Jerusalem que ántes tenia (1), y sus hijos en lugar de Judíos se llamarán Cristianos. Pasa ligéramente sobre *la tierra de Sion* sin explicarla, é insiste sobre el trigo y vino, que no serán entregados como ántes á los enemigos, reconociendo en ellos el fruto de los trabajos, el cual, dice, perdian los Judíos por sus infidelidades; y conservarán los Cristianos fieles sin que puedan quitárselos como á aquellos, los demonios, sus verdaderos enemigos que los privaban de la recompensa, precipitándolos en prevaricaciones que atraian sobre ellos la cólera de Dios. Los Cristianos al contrario, fieles á su vocacion, recibirán el premio de sus buenas obras en este mundo, y con mucha mas perfeccion en el reino celestial. Sobre la órden que se intima al profeta, de preparar el camino al pueblo que debe venir y recibir del Salvador la recompensa prometida, San Gerónimo dice: „Los „semi-judíos sostienen que esto se cumplirá en los últimos tiempos, „cuando habiendo entrado en la Iglesia la plenitud de las naciones, „será salvo todo Israel en la segunda venida del Señor. Otros creen „que no se cumplirá sino en el reino celestial donde se halla la felicidad verdadera, y cada uno recibirá segun sus méritos. Pero nosotros podemos entenderlo segun la explicacion que hemos comenzado de la primera venida (2).” Es notable que San Gerónimo deje á los semi-judíos ó cristianos judaizantes la interpretacion grosera y carnal, segun la cual refieren este texto á la conversion futura de los Judíos, no reconociendo como admisibles sino dos interpretaciones que miran la una á la primera, y la otra á la segunda venida de Jesucristo. El primero la primera sin excluir la segunda, é interpreta en ambas las promesas segun la regla que prudentemente ha asentado en un sentido espiritual. Jesucristo no ofrece como recompensa á sus discípulos, ni en este ni en el otro mundo buen trigo y excelente vino, sino la gracia en la presente vida, y la gloria en la futura como premio espiritual de sus trabajos. En cualquiera de los dos sentidos, Sion y Jerusalem son siempre la Iglesia de Jesucristo considerada tan antigua como el mundo, y subsistente con especialidad entre los Hebreos ántes del nacimiento de Jesucristo, como el Santo doctor observa exponiendo el capítulo XLIX. La Sion que ha recibido el nombre de Iglesia cristiana, no debe confundirse con la sinagoga compuesta de Judíos carnales é incrédulos que fueron desechados. La tierra de Sion es el seno de la Iglesia: esta tierra está habitada por un pueblo numeroso, porque el seno de la Iglesia encierra un gran número de fieles, y principalmente de justos: cuanto este número se disminuye, aquella tierra parece desierta y abandonada, aunque en efecto ella tenga promesas que la aseguran de que nunca Dios la abandonará verdaderamente. La mayor desgracia de los Judíos en esta vida, es haber sido excluidos de esta tierra por su incredulidad; y su mayor felicidad será ser restituidos á ella por el don de la fe. Si su futura vuelta se anuncia en este lugar, tal anun-

de S. Gerónimo sobre el presente texto. Consecuencias que resultan de ellas. Puede referirse a la primera o segunda venida de Jesucristo a la Iglesia.

(1) Hier. in Isai. LXII. tom. III. col. 460. Los antiguos llamaban á la Iglesia *Domus quiniacum*, subentendiendo *corpus*, el cuerpo místico del Señor.—(2) Hieron. in Isai. LXII. tom. 3. col. 463.

cio no se contiene en las promesas dirigidas á Sion, si no es acaso en la de traerle una multitud de hombres de todas las naciones, y señaladamente un pueblo distinguido entre todos los otros. Sion es la Iglesia, ese pueblo es el hebreo, y los otros para quienes se levantará el estandarte son todos los demas á quienes entonces se anunciará el Evangelio: *Preparad el camino al pueblo.... levantad una señal á los pueblos* (V 10). Si alguna cosa puede determinar la profecía, no solo á la primera venida del Salvador, sino tambien á la segunda, es lo que se dice de la recompensa que trae consigo: *He aquí su recompensa con él* (V 11): porque esto es precisamente lo que de la segunda venida se pronostica al fin del Apocalipsis: *He aquí, vengo pronto, y mi recompensa está conmigo* (1). Mas no por eso deberemos dejar de decir con San Gerónimo que Sion significa la Iglesia.

XII.
Sentido de la profecía del cap. XLIII. de Isaías. Sus diversas interpretaciones.

El segundo ejemplo alegado por el P. Houbigant de equívocos sobre las personas á quienes los Profetas hablan, es tomado del capítulo XLIII. de Isaías, en que dirige la palabra á un pueblo, al que desde el primer verso llama *Jacob* en el primer miembro, é *Israel* en el segundo; él es uno solo designado bajo dos nombres diferentes en los dos miembros del verso, segun el estilo ordinario de los Profetas. Trátase de saber qué pueblo es este; ¿son los Judíos? ¿son los gentiles? Considerado todo el capítulo en que Dios despues de haber hablado de los milagros de la ley antigua, promete otros nuevos que borrarán la memoria de aquellos; se ve claramente que estas promesas se han de cumplir en la ley nueva. El P. Houbigant impugna muy bien las falsas ideas de Grocio, que se esfuerza por aplicar todo el capítulo al tiempo en que Ciro dió libertad á los Judíos cautivos en Babilonia, y ellos volvieron á su patria. En ninguna materia habla el P. Houbigant con mas acierto que en su impugnacion de los errores de Grocio. El concluye muy sólidamente que es necesario creer con la mayor parte de los intérpretes que las promesas de que hablamos pertenecen á la ley nueva. „Solo nos resta examinar, continúa, si Isaías habla á los gentiles ó á los Judíos, esto es, si anuncia la conversion á la fe de los unos ó de los otros.”

Su principal ataque se dirige contra Foreiro, en cuya opinion el presente capítulo anuncia cual será el pueblo de Dios compuesto no solo de los Israelitas segun la carne, sino de todas las naciones de la tierra bajo la nueva ley. A cada paso le sale al encuentro para probarle que no se trata de los gentiles sino de solos los Israelitas própiamente tomados; y cuando en el verso octavo Foreiro confiesa que el pueblo ciego y sordo de que allí se habla, es el judío incrédulo, el P. Houbigant le echa en cara una contradiccion que le parece manifiesta; „porque el profeta, dice, no advierte que habla de dos pueblos; y si pretendéis que en los versos „anteriores trata de los gentiles, no podréis persuadirnos que pase „aquí repentinamente al pueblo judío para volver luego á los otros „que pretendéis sean el principal objeto de los anuncios contenidos „en este capítulo.”

En sus notas se adelanta mas, é impugna expésamente á San Gerónimo. „Los Hebreos, dice el Santo Doctor (2), esto es, los se-

(1) Apoc. XXII. 12.—(2) Hier. in Isai. XLIII. tom. III. col. 323.

„mi-judíos ó judaizantes, entienden esto de la segunda venida del Salvador, cuando habiendo entrado en la Iglesia la plenitud de las naciones, será salvo todo Israel. Pero nosotros de ninguna manera creemos que Dios haga promesas á los que acaba de calificar de sordos y ciegos, y cuyas desgracias y dispersion ha pronosticado. Recordáremos pues lo que ántes hemos dicho, que *Jacob é Israel* se han de entender de dos maneras, segun la carne, y segun el espíritu; los que no han creído en el Salvador, y los que han recibido al Hijo de Dios. Entiéndase pues, que el profeta dirige la palabra al coro de los apóstoles y á la Iglesia congregada de entre „el pueblo de los Judíos.” El P. Houbigant nos remite á sus notas posteriores para examinar si los Hebreos ó judaizantes se engañaron cuando entendian de los últimos tiempos esta profecía de Isaías. Al principio se limita á observar „que de haber pintado ántes á los „Judíos como ciegos y sordos, no se infiere que Dios no les haga „alguna promesa; porque la ceguedad no recae sino sobre una parte „de Israel, hasta que la plenitud de las naciones haya entrado en la „Iglesia, con lo cual es fácil conciliar los textos diversos, distinguiendo los tiempos que el mismo Isaías distingue respecto de los Judíos, pues habiendo pronosticado al fin del capítulo anterior que la „república judaica seria destruida por las armas de sus enemigos, esto es, de los Romanos, habla á la misma nacion cuando dice: *No temas*. Y lo que añade: *Dí por rescate tuyo á Egipto, á Etiopia „y á Sebá por tí*, prueba que habla de los Judíos segun la carne, y „no de los que lo son por la fe. Luego estas palabras *no temas*, se „dirigen igualmente á la nacion judaica que el profeta acaba de pintar como ciega y sorda, esto es, como que no comprendia ni veia „la razon, por que Dios habia destruido su república por la espada „de los Romanos. Lo mismo prueba la transicion *pero ahora*, partículas conjuntivas que sirven para continuar el discurso, y manifestar que se dirige á los mismos á quienes ántes hablaba Isaías, como si dijera: Aunque os haya destruido la guerra, y no tengais ni „república ni templo, confiad sin embargo, porque vendrá el tiempo „en que Dios hará milagros para restableceros.”

Pudiéramos responder en favor de San Gerónimo, que sin duda hay promesas pertenecientes á los Judíos; pero no es cierto que sean estas, porque ellas se dirigen evidentemente á un pueblo que Dios no solo ha criado y formado, sino tambien rescatado, al cual ha dado un nuevo nombre, y que es verdaderamente pueblo suyo: *No temas, porque te redimí, y te llamé con tu nombre; tú eres mio*. Véanse aquí tres motivos de confianza que pertenecen exclusivamente al pueblo cristiano, y de consiguiente él es á quien se dirige todo el capítulo. El judío no interviene sino como una nacion ciega y sorda diversa de aquella á quien se hacen las promesas. Si no todo se halla cumplido en las personas de los apóstoles, y en la Iglesia primitiva compuesta de solos los judíos fieles, es porque en efecto el pleno cumplimiento se reserva para el fin de los tiempos; pero siempre en favor de los Cristianos, á quienes convienen los tres caracteres que acabamos de notar. Hay ademas en el pueblo, objeto de las promesas, un cuarto carácter que acaba de manifestar no es el judío sino el cristiano, y es el nombre de Jacob junto con el

XIII.
Cómo es verdad que S. Gerónimo no se equivocó aplicando esta profecía al pueblo cristiano. El nombre misterioso de Jacob significa particularmente en las profecías, al pueblo gentil convertido.

de Israel. El P. Houbigant conviene en que ambos nombres designen un mismo pueblo; es menester pues que ambos le convengan. El nombre de Jacob significa suplantador, y el patriarca que le tuvo se llamó así, porque suplantó á su hermano mayor Esaú, á quien quitó el derecho de primogenitura y la bendición paterna. Los santos padres convienen en que aquellos hermanos fueron la imagen de los dos pueblos; Esaú, que es el mayor, representa á los Judíos, y Jacob que es el menor y cuyo nombre significa *suplantador*, representa al pueblo cristiano, que ha suplantado, por decirlo así, al judío, quitándole el honor de ser el pueblo de Dios, y mereciendo por su fe las bendiciones de que el otro se hizo indigno por su incredulidad. Así opina San Gerónimo en su Comentario sobre Amos. „Aplicamos todo lo que hemos dicho de Esaú y de Jacob á los Judíos, y al pueblo Cristiano, porque aquellos hombres terrenos persiguieron á su hermano Jacob, que los suplantó y les quitó su primogenitura (1)”. El nombre de *Jacob* no conviene sino muy impropriamente á la nacion hebrea, que no suplantó á persona alguna; pero es muy propio de la reunion cristiana, y principalmente de la gentilidad convertida que suplantó á los Judíos, y se hizo *el Israel de Dios* por el espíritu de la fe. A él pues, que es el verdadero Jacob é Israel, es á quien Dios habla aquí. La expresion *y ahora ó pero ahora*, léjos de oponerse á esta interpretacion la confirma, porque desde el fin del capítulo precedente el Señor ha comenzado á dirigir la palabra al mismo pueblo, designado por los nombres de *Jacob* y de *Israel*; pues aunque por el de *Israel* puedan aplicarse á los Judíos los últimos versos del capítulo anterior, el nombre misterioso de *Jacob* (V 24) advierte que se trata ya de otro pueblo expresamente separado del judío, del que ha dicho: *¿Quién es el ciego sino mi siervo?* (V 19.). Y luego este mismo pueblo es saqueado y destruido (V 22), lo cual sin duda habla de los Judíos. Pero en el V 23 el profeta muda de objeto, y manifiesta que va á hablar de cosas futuras, es decir, posteriores á las que ha dicho: *¿Quién hay entre vosotros que oiga esto? atiende y escuche las cosas venideras*. Lo que sigue pertenece á la nacion designada bajo los nombres de *Jacob* y de *Israel*, como indican estas palabras: *¿Quién dió á Jacob y á Israel por presa á los destructores?* Si no se ve que el pueblo cristiano haya sentido los males que en este lugar se pronostican, es porque aun le faltan que sufrir los que le están anunciados para los últimos tiempos. Para cuando lleguen, Dios le fortalece al principio del cap. XLIII. con estas palabras consoladoras que no pueden convenir á otro: *Y ahora esto dice el Señor tu Criador, ó Jacob, y tu formador, ó Israel: No temas, porque te redimí, y te llamé por tu nombre: mio eres tú*. El P. Houbigant nos objeta el verso 3, en que segun la Vulgata Dios dice á Jacob: *Dí por rescate túo á Egipto, á Etiopia y á Sabá por tí*, que él traduce: *Yo entragué á Egipto para que fueras redimido; yo por tí, al Etiope y á Sabá*, y pretende no ser aplicable sino á la nacion judía. Pero debe observarse en primer lugar que aplicando esas expresiones á los Judíos seria bastante difícil declarar su sentido, porque, ¿á qué su-

(1) Hier. in Amos, c. 1. col. 1378.

esto alude el profeta? ¿Será á las plagas de Egipto, cuando Dios hizo salir á su pueblo? Así parece que opina el P. Houbigant; pero entónces ¿qué significa: *Yo por tí, al Etiope y á Sabá?* Houbigant no lo dice, y acaso no le seria fácil decirlo. Se ha intentado defender que no se habla de la salida de Egipto, sino de Jerusalem libertada de las manos de Sennaquerib, á quien Dios abandonó el Egipto, y que vencido aquel reino dejó la Judea para marchar contra Zara, rey de Etiopia. Mas ¿qué dirémos de Sabá? ¿Supondrémos sin fundamento que los Sabeos fueron comprendidos en la derrota de los Etiopes, ó en la ruina de los Egipcios? Pero lo que es inexplicable en el sentido literal y referido al pueblo judío, halla su cumplimiento bien perceptible en el sentido alegórico relativamente al pueblo cristiano. ¿Cuál es el Egipto en medio del cual Jesucristo representado por José, estableció su monarquía, y de cuya dominacion sacó á su pueblo por el poder de su brazo, sino el imperio romano idólatra que Jesucristo destruyó salvando á su pueblo? El demonio intentaba arruinar la Iglesia, y Jesucristo le abandonó los Romanos idólatras: *Dí por tu rescate á Egipto*, ó como traduce el P. Houbigant: *para que fueras redimido*: Jesucristo salvó á su pueblo dejando perecer á los que le perseguían. ¿Qué pueden significar los Etiopes y Sabeos esparcidos mas allá de las fronteras de Egipto, los unos al poniente y los otros al oriente del mar Rojo, sino los pueblos bárbaros que habitaban á oriente y poniente fuera de los límites del imperio romano hácia las extremidades de la tierra? ¿Cuántas naciones en esos vastos países abandonadas á las tinieblas de la infidelidad, mientras Dios por una misericordia totalmente gratuita hace brillar sobre nosotros las luces de la fe! Si la alianza celebrada en el monte Sinai bastó para honrar y glorificar á los ojos de Dios á los Judíos, ¿cuánto mas honra y glorifica á los Cristianos la nueva alianza, en cuya virtud sucedieron al pueblo hebreo? Cuando Jesucristo anuncia (1) que *muchos vendrán de Oriente y de Occidente, del Septentrion y del Mediodía, y se sentarán en el festin* que les está preparado en el reino de Dios, no dice que será necesario reunirlos á todos sobre la tierra en un mismo lugar; sola la fe les abrirá la entrada al reino celestial, y esto es lo que se vió en el establecimiento de la Iglesia, y lo que se verá segunda vez al fin de los siglos, cuando Dios reunirá á sus últimos elegidos, tanto de la nacion hebrea como de las demas. Si los Judíos han sido y son hasta ahora los testigos de Dios por cuanto les fueron confiados los divinos oráculos del Antiguo Testamento que mantienen hasta nuestros dias, ¿con cuánta mas razon pertenece tan augusto título á los Cristianos depositarios del Testamento Antiguo y del Nuevo, que los Judíos rechazaron y despreciaron? Si el Salvador pudo decir á los Judíos: *No me invocaste, Jacob, ni te cuidaste de mí, Israel* (V 22), porque los Judíos no invocan á Jesucristo, ni se empeñan en conocerlo, ¿con cuánta mas razon puede decirlo al verdadero Jacob, esto es, á la gentilidad cristiana, que ántes de ser llamada á la fe no le conocía, como tampoco á su Eterno Padre, ni trabajaba por conocerlos? Si pudo decir á los Judíos: *Vosotros no me ha-*

(1) Luc. XIII. 29.